

hubiera atrevido a resistirles. De semejantes discursos a propósitos de rebelión y conjuras, el paso era breve.

Es, pues, verosímil que la culpa de nueva y más acerba discordia había de atribuirse, como por lo demás sucede casi siempre, a las dos partes. El partido de Agripina, adentrado por la fortuna que le había tocado y por la debilidad de Tiberio, sintiéndose, después de la muerte de Druso, más fuerte, no tuvo desde entonces más que un deseo: colocar, lo más pronto que fuera posible, a Nerón, primogénito de Germánico, en el puesto de Tiberio. En consecuencia, emprendió de nuevo sus intrigas contra Tiberio, sembrando la discordia entre él y Nerón. Pero esta vez tropezó con Sciano, que defendió a Tiberio con un vigor del que Tiberio no había sido nunca capaz, y entre Sciano y el partido de Agripina empezó una guerra encarnizada y feroz de intrigas, de calumnias, de acusaciones, de procesos, de los que Tácito había sabido pintar, con indelebles colores, todo el horror. Entre las intrigas no podían faltar los matrimonios. En el 25 Sciano repudió a su mujer Apicata y pidió a Tiberio la mano de Livia, la viuda de Druso. La jugada era atrevidísima, porque de resultar habría introducido a Sciano en la casa imperial; pero demasiado atrevida—nos dice Tácito—, y fracasó, sobre todo porque Tiberio tuvo miedo de que este matrimonio irritase to-

avía más a Agripina. El emperador diría a Sciano que bastantes discordias de mujeres agitaban y turbaban ya la casa imperial, con grave daño de sus sobrinos; ¿qué ocurriría si este matrimonio fomentaba todavía más los odios? *Quid si intendatur certamen tali coniugio?* Respuesta notable; porque nos prueba que Tiberio, acusado de odiar a Agripina y a sus hijos, todavía, dos años después de la muerte de Druso, trataba de contentar un poco a unos y a otros, de no irritar demasiado a los adversarios, de conservar entre tantos locos una razonable ecuanimidad.

Sciano tuvo, pues, una negativa de la que el partido de Agripina se regocijó como de una victoria; pero para incurrir un año después, el 26, en un desaire de la misma naturaleza. En este año Agripina pidió a Tiberio permiso para volver a casarse. A creer a Tácito, Agripina hizo esta petición por su cuenta, impulsada por uno de tantos caprichos que de continuo le pasaban por la cabeza. ¿Pero es de suponer que, de repente, sin una razón, después de tan larga viudez, saliese Agripina con tan singular propósito? ¿Y si no hubiera sido más que un capricho de mujer rabiosa, se hubiera comentado tanto en la casa imperial y hubiera merecido que la hija de Agripina contase el episodio en sus memorias? Parece más probable que también este matrimonio tuviese un fin político; dando un marido a Agripina, se daba un jefe al partido

artífiberiano. Los hijos de Germánico eran demasiado jóvenes y demasiado inhábil Agripina para que ni unidos pudieran hacer frente a Sciano, apoyado por Tiberio, por Livia, por Antonia. Esto explicaría por qué Tiberio se opuso. Agripina era ya sólo una ruina; no había necesidad de autorizarla a que tomase, en vez de marido, un consejero.

Esta vez triunfaba Sciano. Y de este modo prosiguió la guerra con varias alternativas. Pero a principios del año 26 menudean los signos de que el partido de Agripina y de Germánico sucumbe, no resistiendo los golpes y las intrigas de Sciano, que logra alejar de aquél, uno tras otro, a todos los hombres de alguna importancia, ganándolos para sí con favores y promesas o aterrorizándolos con amenazas o destruyéndolos con procesos. Tiberio, en medio de esta refriega, se ingenia, en contra de lo que afirma la leyenda, lo mejor que puede, para impedir que de una y otra parte se llegue a los extremos de la crueldad. ¡Mas qué penoso y repugnante trabajo debía ser para él esta desesperada defensa de la razón y de la justicia entre tantas malvadas pasiones, entre tantos odios, ambiciones, rivalidades! ¡Para él, que había crecido en el momento en que más fulgurante esplendía, ante el espíritu de las altas clases de Roma, la visión de una gran restauración aristocrática! ¡Para él, que jovencito había conocido y amado

a Virgilio, a Oracio, a Tito Livio, poetas e historiadores de esta sublime visión; para él, que, como todos los espíritus superiores de aquellos años, ahora lejanos, había visto en el fondo de esta visión un gran Senado, un ejército glorioso y terrible, una república austera, venerable, como la que Tito Livio había pintado, con tan potentes colores, en sus páginas inmortales. Y él se encontraba, en cambio, como jefe de una decrepita y miserable aristocracia, ávida no más que de lacerarse con calumnias, acusaciones, procesos y condenas infamantes, que lo recompensaba de cuanto había hecho y hacía por la república escarneciéndole, motejándole y acusándole de asesino. Había soñado con los laureles de las victorias sobre los enemigos de Roma y tenía que resignarse a guerrear día y noche contra las histéricas extravagancias de Agripina; contentarse — sin estar seguro siquiera de conseguirlo — ¡con no pasar a los ojos de los más como envenenador! La potencia, desprovista de los medios necesarios, sin gloria y sin respeto; ¡esto era el imperio del sucesor de Augusto después de doce años de difícil gobierno! No es, pues, de extrañar que viejo, y disgustado, no sintiéndose seguro en Roma, se retirara Tiberio, entre el 26 y el 27, a Capri, escondiendo su misantropía y su cansancio en la maravillosa isleta que un capricho de la naturaleza ha colocado en medio del divino golfo de Nápoles.

III

Pero en Capri, en vez de la paz, Tiberio encontró la infamia. ¡En qué lúgubres recuerdos envuelta, emerge, del mar azul, la vaga isleta color violeta, en los días de sol! Ese fragmento de paraíso, caído en la orilla de uno de los más bellos mares del mundo, había sido por espacio de diez años un infierno de truculentas crueldades y de vicios abominables. Tiberio, encerrándose en Capri, se ha condenado en la opinión de la posteridad. ¿Debemos transcribir aquí, sin más, esta condena, o debemos, por el contrario, preguntarnos cómo, de quién, de qué fuentes Suetonio y demás historiadores antiguos han conocido tantos detalles? Ciertas cosas no se saben nunca con precisión, precisamente porque, por naturaleza, deben ser secretas. Conviene, pues, tener en cuenta que todos los personajes de la historia de Roma que tuvieron muchos enemigos, Sila, César, Antonio y finalmente Augusto, fueron acusados de costumbres escandalosas. Precisamente por ser fuerte la tradición puritana en Roma, esta acusación perjudica mucho, y por eso los enemigos la repetían gustosos, fuese verdadera o falsa. En fin, todos los escritores antiguos, aun los más hostiles, dicen que Tiberio, hasta la edad madura, fué ejemplo de austeras costumbres; ¿es verosí-

mil que de un pronto, ya viejo, se ensuciara con todos los vicios? Si hay algo de verdad en aquellos relatos, sería preciso llegar a la conclusión de que Tiberio, viejo, había sucumbido a alguna enfermedad mental, y que el hombre que se refugió en Capri no estaba ya sano de espíritu.

Es cierto, sin embargo, que Tiberio, retirándose a Capri, descuidó los negocios públicos, y que Sciano fué considerado en Roma como el verdadero emperador. Todas las informaciones y noticias que del imperio de Roma llegaban al emperador, como las resoluciones que para todo el imperio salían de Capri, pasaban, desde luego, por sus manos. A él se dirigían en Roma para todos los asuntos los senadores; a su alrededor se amontonaban y se apretujaban los aduladores; en su presencia, en fin, callaban, atemorizadas de tanto poderío y fortuna, todas las envidias. Roma toleraba, desde luego, sin protestar, que un caballero, un hombre de obscuros antepasados, dominara el imperio, en vez del descendiente de la gran familia Claudia; y senadores de los más ilustres apellidos se resignaron a hacerle la corte. Peor todavía; le ayudaron casi todos, o favoreciéndole abiertamente o dejándole hacer, a completar la destrucción del partido y de la descendencia de Germánico, de aquel Germánico al que todos habían amado y del que todavía veneraba el pueblo la memo-

ria. Después de la retirada de Tiberio a Capri todos comprendieron que Agripina y sus hijos estaban destinados, tarde o temprano, a sucumbir, y entonces no permanecieron fieles a los vencidos, próximos a ser destruídos, quienes, poco generosos, se preocuparon más que de evitar o alejar la ruina de dulcificar su dolor. Entre los últimos fidelísimos y heroicos amigos había un tal Tizio Labino, al que el implacable Sciano destruyó con un proceso del que Tácito nos ha resumido la historia; horrible historia de una de las más abominables maquinaciones judiciales que la perfidia humana pueda imaginar. Para agravar el peligro, sobrevino la discordia, nacida entre el primogénito Nerón y el segundón Druso, precisamente cuando más necesaria era la concordia de todos contra el implacable adversario, al que todos querían exterminar. Un último refugio quedaba todavía para proteger a la familia de Germánico; Livia, la anciana venerable que había visto nacer y crecer la fortuna de Augusto y la nueva autoridad imperial, que había casi tenido en brazos, niño, a aquel mundo nuevo, nacido en medio de las convulsiones de la guerra civil, y que entonces, ya crecido, empezaba a intentar los primeros pasos sobre la vida de la historia. Livia no amaba mucho a Agripina, de la que había censurado el odio y las intrigas contra Tiberio; pero era demasiado juiciosa y demasiado cuidadosa

del prestigio de la familia para dejar que Sciano destruyera completamente a la familia de Germánico. Mientras ella vivió, Agripina y Nerón pudieron al menos vivir seguros en Roma. Pero Livia era decrepita y, a principios del 29, murió a la edad de ochenta y seis años. La catástrofe, preparada por Sciano con tanta tenacidad, se cumplió entonces. Pocos meses después de la muerte de Livia, Agripina y Nerón fueron sometidos a un proceso, y condenados al exilio por el Senado, bajo la acusación de haber conspirado contra Tiberio. Nerón, poco después de la condena, se mató.

El relato que Tácito hace de este proceso es obscuro e incompleto; porque la narración está truncada en lo vivo por una desgraciada laguna del texto. Los otros historiadores, con sus frases sucintas y sus rápidas indicaciones, no añaden luz al hecho. De forma que no se comprenden bien ni el contenido de la acusación, ni la razón de la condena, ni la posición de los acusados, ni el comportamiento de Tiberio. Parece poco verosímil que Agripina y Nerón fueran reos de una verdadera y particular conspiración contra Tiberio, ya que aislados por Sciano, después del retiro de Tiberio a Capri, no hubieran, aun queriendo, podido urdir ninguna conspiración. Pero ellos pagaron la pena de la larga guerra de calumnias y maledicencias promovida contra Tiberio, de aquel su odio tenaz e insen-

sato, que muchos senadores habían alentado durante mucho tiempo, cuando Tiberio—¡el tirano!—no se atrevía a hacerse respetar de su familia, transformado, para la desventurada mujer y para su desgraciado hijo, en crimen de lesa majestad, ahora que en nombre y en vez de Tiberio, obraba un hombre resuelto que sabía castigar a los enemigos y premiar a los amigos.

El proceso y la condena de Agripina y Nerón fueron seguramente maquinación de Sciano, que se impuso al Senado, a los amigos de la familia imperial y, tal vez, al mismo Tiberio. Uno y otra demostraban hasta qué punto Sciano había vigorizado la autoridad imperial, tan insegura y débil en el último decenio. Sciano había osado hacer lo que Tiberio no había conseguido nunca: destruir la venenosa oposición que anidaba en casa de Germánico. No es ni siquiera necesario decir que después de la ruina de Agripina, todos se inclinaron, temblorosos, ante el hombre que se había atrevido a humillar a la propia familia de los Julios-Claudios. Sciano fué hecho senador y pontífice; recibió la potestad proconsular; se ventiló un matrimonio entre él y la viuda de Nerón; se propuso, finalmente, que fuera nombrado cónsul para cinco años, y en el 31, por voluntad de Tiberio, fué colega del propio emperador en el consulado. No le faltaba más que recibir la potestad tribunicia, para convertirse en colega oficial y sucesor de-

signado del emperador. Por otra parte, todos lo consideraban en Roma como al futuro príncipe. Sino que a estas alturas Sciano fué presa del vértigo. Se preguntó por qué razón, ejerciendo él el poder y sosteniendo sus cargas y peligros, había de dejar a otros el fausto, los honores y los provechos. Tiberio, si bien dijo que el Senado cubriese de honores a su fiel prefecto, y manifestase él mismo, de muchos modos, su gratitud, hasta el punto de querer darle por mujer a la viuda de Nerón, no había tenido nunca la intención de tomarlo como colega ni de indicarlo como su sucesor. Tiberio era un Claudio, y no podía ni siquiera pensar que a la cabeza de la aristocracia romana pudiera ponerse un caballero sin antepasados. Desterrado Nerón, había puesto los ojos, como su posible sucesor, sobre otro hijo de Germánico llamado Cayo. No había ocultado su intención; así lo había expuesto claramente en diferentes discursos en el Senado. De donde Sciano debió decirse al fin que, de seguir defendiendo a Tiberio y sus intereses, no podría esperar nunca nada de él; por el contrario, podía poner en peligro el poder y la popularidad que se había procurado. ¿Qué sucedería cuando Tiberio muriese? Tiberio era odiado; el partido adverso a él era numeroso en el Senado; grande su impopularidad en las masas. Muchos admiraban a Sciano como un desahogo de su odio a Tiberio, casi para decir que

antes que del solitario de Capri preferían ser gobernados por un oscuro caballero. Parece que Sciano fué poco a poco ilusionándose de que, si lograba quitar de en medio al emperador, podría sucederle fácilmente, saltando por encima del joven hijo de Germánico; y entendido con los enemigos de Tiberio preparó una conspiración para derribar el detestado gobierno del hijo de Livia. Se adhirieron muchos senadores. En verdad, pocas conspiraciones fueron urdidas nunca bajo auspicios más favorables. Tiberio era viejo, disgustado de todo y de todos y solo en Capri; no tenía amigos en Roma; no sabía del mundo más que lo que Sciano le contaba; estaba, pues, completamente en manos del hombre que se preparaba a sacrificarlo a los odios tenaces de la plebe y de la aristocracia. Sciano, joven, enérgico, favorito de la fortuna, tenía un partido en el Senado, era el comandante de la única fuerza militar que permanecía en Italia; había aterrorizado con sus persecuciones implacables a todos aquellos a quienes sus promesas y sus favores no habían ganado. El duelo entre esta vejez y esta virilidad, entre esta misantropía solitaria y esta ambición infatigable, ¿podría terminar de otro modo que no fuera la derrota de la vejez y de la misantropía? En este punto una mujer, saliendo de pronto de la sombra en que se apartaba, aparece, se lanza entre los dos combatientes y cambia la suerte del duelo. Fué

Antonia, la venerable viuda de Druso, la fiel amiga de Tiberio.

Después de la muerte de Livia era Antonia en Roma el personaje más respetado de la familia imperial. Esta vigilaba todavía apartada, pero atenta a los destinos de la familia, casi destruída entonces por la muerte, por las discordias, por la crueldad de las leyes, por la implacable envidia de la aristocracia. Tuvo indicios de cuanto se tramaba y, rápida y valerosa, advirtió a Tiberio, que desde Capri, en el peligro, encontró de nuevo el vigor y la perspicacia de sus buenos tiempos; tuvo a Sciano entretenido con cartas amistosas, y haciéndole concebir la esperanza de que haría que le concedieran la potestad tribunicia; mientras, secretamente se ocupaba de nombrar sucesor del mando de la guardia pretoriana. De repente supo Sciano que no era ya comandante de la guardia pretoriana, y que era acusado por el emperador ante el Senado de conspirar. En un abrir y cerrar de ojos, bajo este golpe, la fortuna de Sciano se derrumbó. La envidia y los odios latentes contra el caballero que había humillado y pisoteado a la aristocracia senadora, se despertaron de nuevo. El Senado y la opinión pública se enfurecieron. Sciano, su familia, sus amigos, sus cómplices y los que aparentaban serlo, luego de un proceso sumario fueron entregados a la muerte, casi al furor

del pueblo. Toda Roma fué salpicada de sangre.

Antonia había salvado con su perspicacia y con su valor a Tiberio y a lo poco que quedaba de su familia, cuando de esta atroz tempestad de la cólera pública se levantó de improviso una oleada que le arrebató de su lado, y se la tragó también a una hija suya, Sivila, la hija de Druso. El lector no ha olvidado probablemente que ocho años antes Sciano, que esperaba casarse con Sivila, había repudiado a su primera mujer, Apicata. Apicata no quiso sobrevivir a la ruina de su antiguo marido y se mató, pero después de haber escrito una carta a Tiberio en la que acusaba a Sivila de haber envenenado a Druso, de acuerdo con Sciano, para casarse con éste. Confieso que también esta acusación me parece poco verosímil, y no creo que la denuncia de Apicata baste para admitirla. ¿Qué pruebas podía Apicata poseer de este delito, en el supuesto de que el delito se hubiera cometido, cuando los dos cómplices, si tales eran, habían de tratar de ocultar a todos su crimen y a nadie con más cuidado que a Apicata? Por otra parte, no parece creíble que un hombre avisado como Sciano pudiera pensar, en el 23, en envenenar al hijo de su protector. ¿Por qué motivo había de hacerlo? Entonces no pensaba en suceder a Tiberio. Quitando de en medio a Druso complacía a la familia de Germánico, que ya entonces era enemiga suya. ¿No podría, en cambio,

ser esta denuncia *in extremis* la venganza de una mujer repudiada contra la rival, que por un momento había amenazado ocupar el puesto del que aquélla había sido arrojada? Apicata, que no pertenecía a la aristocracia, no había sido educada, como las mujeres de las familias senadoras, en la idea de que debía servir dócilmente a la fortuna política del propio o de los propios maridos. Su denuncia fué forzosamente una venganza de los celos, que las clases menos ilustres de la sociedad romana no extinguían como la aristocracia.

Esta denuncia, sin embargo, fué—así se comprende de los antiguos escritores—uno de los más terribles dolores de la vejez de Tiberio. Había amado tiernamente a su hijo, y la idea de dejar impune, si la acusación era verdad, un tan horrendo delito lo exasperaba. Pero, por otra parte, la presunta reo era la hija de su fiel amiga, de aquella que le había salvado de las insidias de Sciano, de Antonia. En cuanto al público, tan dispuesto siempre a creer todas las infamias que se propalaban sobre la familia imperial, no dudó un instante de que Sivila fuese una desalmada envenenadora. Se inició un proceso; muchas personas fueron sometidas a la tortura, prueba evidente de que nada se ponía en claro, y probablemente no se ponía nada en claro porque se buscaba la prueba de un delito imaginario. Pero Sivila no sobrevivió al escándalo,

a la acusación, a las sospechas de Tiberio, a la desconfianza que la circundó. Porque era hija de Druso y nuera de Tiberio; porque pertenecía a la familia que la suerte había puesto a la cabeza del inmenso imperio de Roma, no podría persuadir a nadie de su inocencia. La obscura mujer sin antepasados que la acusaba desde la tumba sería creída por todos bajo su palabra, convencería a la posteridad y a la historia, sería más potente que su grandeza y que todas las buenas razones. La desventurada, no pudiendo sobrevivir a una acusación que no podía impugnar, se refugió en casa de su madre y se dejó morir de hambre.

Después de este supremo horror, los seis años que vivió Tiberio no fueron más que una lenta y sombría agonía. Todavía, el año 23, vió una tragedia: el suicidio de Agripina y el de su hijo Druso. De la prole de Germánico no quedaban en vida más que un varón, Cayo, y tres hembras, de las cuales la más vieja, Agripina, madre de Nerón, se había casado pocos años antes con Gneo Domicio Enobardo, descendiente de una de las más grandes familias de Roma. Tiberio, último superviviente de una edad más antigua, quedaba representando ideas y aspiraciones, extintas a la sazón, entre las ruinas y las tumbas de los suyos. De estas ruinas, la posteridad, siguiendo el rastro de Tácito, lo ha retenido responsable a él solo y a su sombría natu-

raleza. Y, sin embargo, es más creíble que fuera un hombre nacido para más altos y felices destinos, pero que tuvo, no obstante, que expiar la grandeza única a la que la fortuna lo había elevado. Como los miembros de su familia, exiliados, muertos prematuramente, impelidos por la desesperación al suicidio, fué víctima de una trágica situación llena de insolubles contradicciones, y fué, tal vez, la víctima más desgraciada, porque tuvo que vivir.